



LOS PLACERES DE LA AMISTAD



LOS PLACERES DE LA AMISTAD



HALEMOS un poco de ellos, aquí entre nosotros, amistosamente, sin hacer caso de esos séres, casi irracionales, que no los sienten, de los falsos escépticos que, burlándose de esos placeres, los disfrutan, y de esas gentes insulsas que gozan de ellos sin tener conciencia de que lo hacen. Hablando de ellos, avivaremos el deseo, refinaremos el sentimiento y nos adiestraremos en el arte de procurárnoslos y de gozarlos, que es una de las artes psicológicas más provechosas para la vida.

Celebremos, ante todo, esa libertad sin límites de la conversacion, de esa conversacion descabellada y loca, llena de enormes paradojas, de relaciones indecibles, de burlas sin propósito, de sar-

casmos nefandos, de chanzas monstruosas, la bacanal de la charlatanería y de las carcajadas homéricas, la carrera desenfrenada á través del campo infinito de la ridiculez humana, á la cual nos abandonamos entre amigos íntimos en las noches de clara luna.

Es la satisfacción de una necesidad indomable del cuerpo y del alma y el desenvolvimiento de toda la risa comprimida por los cuidados y hastíos diarios de la vida, la protesta violenta de la naturaleza contra el falso pudor, la falsa gravedad y la falsa alegría de las cien conversaciones artificiosas á que de continuo nos vemos obligados, el desahogo necesario de la imaginación sofocada, la distención voluptuosa de los nervios contraídos por el trabajo, la excarcelación de todos los instintos encadenados y oprimidos por mil deberes de nuestra edad y de nuestro estado, el ímpetu rebelde de la sangre y del espíritu que nos hace lanzar por los aires la seriedad y la razón, como tira el muchacho por el alto el paquete de libros y cuadernos al salir de la escuela; una especie de "locura no duradera," como dice de la risa Leopardi, de embriaguez intelectual, de orgía de la palabra, de loca fuga del pensamiento de todas las vías regulares y obligadas, con la cual nos pa-

rece recobrar un tanto de juventud en las venas y de valor en el ánimo.

Todos sentimos esta necesidad.

Cada uno de nosotros lleva dentro de sí un pequeño bufon que á sus horas salta fuera y que, cueste lo que cueste, desbarra. Ora descienda de la cátedra, ora del banco del juez, ó del escaño del diputado, ó de los nimbos dorados del arte, cuando hay cinco amigos juntos, todos acaban por vaciar el saco de las tonterías.

Pensad en la inmensa cantidad de material cómico que se consume en el curso de pocos años en toda gran familia de amigos. Miles y millares de anécdotas de todo género, desde el *batacobiano* más crudo al *manziniano* más castigado, desde el *pariniano* más fino al *aretinesco* más grosero, antiguos y recientes, tomados de todas las clases sociales, acumulados en los libros amenos de todas las literaturas, compuestos con palabras de todos los dialectos, pasados por millares de labios, aderezados de mil maneras, acomodados á mil circunstancias diversas; una colección interminable de despropósitos escolares, de versos macarrónicos, de caricaturas oratorias, de encadenamientos de palabras, de cacofonías bufas, de equívocos de farsa, de sandeces famosas y de fantasías de

manicomio; un capital sin fondo, de lengua extravagante y brutal, pescada en todas las aguas, teñida de todos los colores, plegada á todas las necesidades, improvisada, estropeada, desnaturalizada, segun todos los caprichos; un monton innumerable de documentos de "locura razonadora y alegre," capaz de hacer perder la cabeza á un cataloguista benedictino.

Una parte de este material cómico pertenece á todos los grupos de amigos de todas las partes del país, fluctúa por el mundo y se halla en todos los lugares. Por el contrario, otra parte es completamente nuestra, de nuestro grupo. Todos trabajamos por aumentar y refrescar el patrimonio comun.

Cada uno aporta los bosquejos de los personajes ridículos que conoce, las propias aventuras burlescas, las particulares gracias de su profesion, el jugo de sus lecturas humorísticas, aguzando con sumo cuidado sus especiales facultades cómicas.

Allí están los inventores, los recopiladores, los trasformadores, los maestros de la narracion y los artistas de las salidas improvisadas, los apasionados que no tienen otra ocupacion en la vida, los eruditos portentosos de la ciencia infinita de la broma, los cultivadores especiales de ciertos campos del ridículo, cooperadores eficacísimos que no apor-

tan á la compañía más que la cara alegre y la risa contagiosa.

El material es perpétuamente móvil y cambiante; una parte solo sirve una vez y se desecha; otra parte permanece en el fondo del almacen, haciéndose uso de ella, como de ropa nueva al cabo de algun tiempo; los recién llegados de otros círculos ó de otras provincias añaden de cuando en cuando, un tesoro de documentos y de hallazgos inéditos; amigos, antes ineptos, se perfeccionan y pasan á ser primeros actores; los unos toman de los otros ciertas maneras y ciertos artificios de buen efecto; se forma una jerga, una escuela, una complicacion de reclamos, de cosas sobreentendidas y de señales, entre las cuales nosotros nos orientamos, bastándonos decir una palabra para hacer estallar de todas partes la hilaridad y las ocurrencias.

No son, á la verdad, todos los días propicios para ello; noches hay en que esta produccion de chanzas es forzada y provoca risas sin consecuencias, que acaban por producir hastío.

Lo cual solo quiere decir que aquella uoche no hacían falta.

Pero ¿con qué pagar las noches afortunadas, cuando todos nos rennimos y nos encontramos to-

dos sin buscarnos, como si nos hubiese atraído unos á otros el prurito comun de hacer ruido?

Van gradualmente llegando las chanzas á los últimos confines de la bufonería; ignoramos nosotros mismos como diablos vienen las unas más extravagantes que las otras; los más graves son arrasados por el torrente; no se ven más que bocas abiertas y ojos húmedos, y parece como que debe hallarse desvanecida hasta la sombra de un pensamiento triste, hasta en lo más recóndito de la mente del menos alegre de nosotros; todavía hacemos resonar de carcajadas y de risas las calles solitarias, todavía hacemos un epígrama al meter la llave por la cerradura de nuestra casa y nos acostamos ya sin pulmones sonriéndonos todavía al dormirnos y sonriendo también al despertar mejor dispuestos para el trabajo y como rehechos con nuevas fuerzas procedentes de aquel carnaval de chistes, de aquella erudicion tumultuosa de buen humor que nos ha sacudido la sangre y nos ha alegrado la cabeza.

*
* *

Otro de los placeres, pero más íntimo y tranquilo, hácia el fin del invierno, mientras la ciudad se embrutece en las últimas orgías del carnaval, es salir al campo de madrugada con un amigo simpático y caminar á la ventura. Todavía está uno un si es no es soñoliento, pasando entre los rumores confusos de la ciudad que despierta, entre la interminable fila de casas de la poblacion y la no ménos interminable fila de tapias de los arrabales, y los ojos, perezosos y todo levántanse á medir la altura de las chimeneas humeantes de las fábricas, erguidas entre neblina como troncos de enormes árboles.

Se camina en silencio, arrastrando la vaga mirada, sobre los huertos blanqueados por la escarcha y sobre los bodegones entreabiertos que tienen ya aspecto de aldea, con la imaginacion preñada todavía de brillantes imágenes de teatro y de cena.

Pero llegados ya á campo abierto, el aire vivo, la niebla que se dora y se desvanece y el olor de la

tierra nos sacuden. Se respira; la jornada es nuestra, somos libres: libres para hablar, para callar, para estar tristes, para estar alegres, para alzar la voz, para caminar y gesticular á nuestro capricho y para tendernos por el suelo si se nos autoja.

Se deja andar la conversacion por donde ella quiere, es día de descanso para el espíritu; la amistad celebra su domingo; queremos abstenernos de la fatiga de la contradiccion más mínima; hablamos plácidamente por períodos lentos y llenos de divagaciones, interrumpidos de cuando en cuando por el campanilleo de un rebaño, ó rotos bruscamente para mirar la piedra ó el hilo de hierba ó para recoger un trozo de periódico sobre el camino flanqueado por dos estrías de nieve.

¡Cuán charlatanescas y sórdidas parecen en aquella soledad austera del campo invernal las imágenes de las pompas y de los placeres urbanos! Gozamos en saturarnos con el alma y con el cuerpo en aquel aire rígido y puro, como gusta despues de una mascarada nocturna sumergir y chapucear en una jofaina de agua helada, el embadurnado rostro.

A medida que marchamos hácia adelante, alargando el paso y desnublando la mente, nos alegramos más y más de haber huido durante algunas horas del tumulto de la ciudad súcia y ébria.

Los campos suceden á los campos, las quintas á las quintas, los caseríos á los caseríos; el cielo se ha aclarado y la serenidad de la Naturaleza se refleja en nuestras palabras. Hemos hallado uno de aquellos argumentos, respecto de los cuales cuanto más discutimos, más concertamos íntimamente, y la conversacion se prolonga hasta el infinito en continuo y recíproco asentimiento, con un placer siempre vivo.

Los cercados de ambos lados del camino resuenan con nuestra alegre voz que hace levantar los ojos á los chicuelos acurrudados al sol, y las capillas solitarias nos devuelven por sus ventanas abiertas el ruido de nuestros pasos.

Todo está quieto y casi adormecido bajo aquel rayo de sol que es como la primera caricia de la primavera. Salimos del camino. Tras las masas de los desnudos árboles se levantan los techos graciosos de las quintas.

La conversacion cambia de asunto. Delante de las verjas de los jardines mirando las bellas casitas cercadas y mudas, supone nuestra fantasía que dentro existen mundos de riqueza y de vida espléndida; cambiamos nuestras impresiones el uno frente al otro con los ojos llenos de un deseo sin esperanza; y la vista de los verdes bancos bajo los cenadores nos traen otras bellas imágenes de tiempos lejanos,

que vierten un poco de tristeza en el ánimo, cuando al volver al camino, vemos en nuestra sombra claramente dibujada en la blanca carretera las formas graves y viriles de nuestra edad madura.

Pero las ideas cambian al bajar al valle entre las casas pobres y los campos. La conversacion se extiende sobre cien objetos, como la mirada, un poco trastornada y distraida por el cambio de decoracion: una historia de familia, el estilo de un paisagista, la muerte, el mar, la vida de los campesinos, la hormiga que escapa del agujero á cuyo lado cayó nuestro fósforo, una batalla imaginaria reñida en aquellos cerros y en aquellos valles, un asesinato recordado por una cruz plantada en un lado del camino.

Y la conversacion adquiere un tinte melancólico ó alegre, segun cambian los horizontes, ó segun que el sol se oculta ó aparece. Pero se van haciendo siempre más íntimas y al vigorizarse el cuerpo, sacudido por el no acostumbrado ejercicio, va propendiendo cada vez más á la alegría.

El vernos así solos, lejos de nuestros demás amigos, en aquellos lugares solitarios, nos inspira á ambos un nuevo sentimiento de benevolencia.

Pensamos en aquellas peregrinaciones románticas de amigos indivisibles que recorren juntos paisajes inmensos, á pié, en busca de aventuras, afrontando pe-

ligros y resistiendo privaciones de todas clases sostenidos por el afecto y por la alegría, prontos á dar la vida el uno por el otro. Y excitados por esta fantasía, nos cogemos del brazo de cuando en cuando.

Desde aquella soledad vemos el mundo á través de un velo de poesía que lo aleja y embellece.

Hablamos con indulgencia de los amigos. Amamos la vida. Se nos presenta agradable al pensamiento el trabajo que nos espera al día siguiente en aquella estancia recogida, rodeados de todas nuestras comodidades. Y apretamos el paso, cantando y riendo. El campanario del paisage, allá en el fondo, nos atrae, como si fuese la meta de un largo viaje. Llegamos allí un poco cansados con el apetito y el buen humor de dos labradores, mirando alrededor con sonrisa curiosa, la plaza, la casa consistorial, la botica, aquella paz soñolienta que da ganas de tomar un cuarto en la aldea y quedarse á soñar allí quince días, con los brazos cruzados y la pipa entre los dientes. Y se apodera de nosotros una nueva alegría de escolar en vacaciones, en la habitacion de la posada que huele á húmeda y á cerrada entre las paredes pintadas con paisajes infantiles entre los cuales destaca un rey de Italia monstruoso y una reina grotesca; y allí, apoyados los codos en la recia mesa y entre el humo de la olla de los campesinos nos contamos la historia de

nuestra amistad, nos revelamos los falsos juicios formados en nuestras primeras entrevistas, nos confesamos de antiguas injusticias, y nos tributamos cara á cara amantes alabanzas que nunca nos hubiéramos atrevido á proferir en la barahunda de la ciudad y nos apretamos las manos al llegar á los postres, tendiendo los brazos por encima de la aceitera de hierro.

Carísimo episodio rústico de nuestra amistad, que permanecerá intachable en la memoria con otros muchos, como un cuadrito flamenco, con aquel rayo de sol que caía sobre la alhacena y aquella fachada de ermita que se veía desde la ventana y aquella franca sonrisa de buenos compañeros que brillaba en nuestros ojos.



Pero todavía hay un placer mayor que estos: viajar juntos.

El aire del mar refuerza la amistad y el humo de las locomotoras le presta un buen color de antiguo, como el sol á los monumentos.

El ideal está en llevar á nuestro amigo por un país que ya conozcamos nosotros, gozando así el doble espectáculo de las cosas y del efecto que producen, saboreando una por una por simpatía todas las impresiones vivas de la primera vez.

Pero hay en esta clase de viajes un peligro continuo; una tendencia á violentar al compañero, á hacerle dócil instrumento del propio capricho y á protestar de todos aquellos juicios y deseos suyos que nos cuadren, como protestaríamos de una rebelión á nuestra autoridad de directores del viaje y administradores del placer.

Por eso es lo mejor viajar por tierras nuevas para ambos y que sean distantes. Y en esto también el